



Las agriculturas familiares y los mundos del futuro

Jean-Michel Sourisseau,
Editor científico



CAPÍTULO 3

Las familias, el trabajo y la explotación agrícola

Véronique Ancey, Sandrine Fréguin-Gresh

Los mundos rurales del Sur han tenido cambios importantes durante las últimas décadas. No solamente la globalización ha constituido un motor central de cambio (Losch *et al.*, 2012), sino que también, esos sectores han vivido de alguna manera las grandes evoluciones de las sociedades contemporáneas en las que se inscriben: transición demográfica (en Latinoamérica y en Asia), recomposiciones familiares, individualización de las actividades profesionales de los cónyuges, cuestionamiento de la autoridad patriarcal, emancipación de los «dependientes» (los jóvenes o las mujeres). Aún cuando no todas las sociedades rurales han sufrido esta influencia con la misma intensidad, las relaciones sociales del Sur han evolucionado, modificando profundamente y en forma sostenida, las condiciones de la producción y de la reproducción de las agriculturas familiares.

No obstante, la mayoría de las investigaciones sobre las agriculturas familiares del Sur han descuidado tomar en cuenta en sus análisis las relaciones sociales. Mientras que, desde la década de 1960, la sociología rural (Bourdieu y Sayad, 1964) ha tratado de analizar la evolución más global de las sociedades a través de las relaciones «familia-trabajo-explotación» (Bessière *et al.*, 2008), incluyendo las estructuras domésticas en las evoluciones políticas y económicas generales (Friedmann, 1978), la mayoría de los enfoques sobre las agriculturas familiares (Sourisseau *et al.*, 2012) se han esforzado por «comprender mejor el funcionamiento de las explotaciones agrícolas [para] mejorar la producción» (Brossier *et al.*, 2007). Estos trabajos han estudiado principalmente las relaciones de las explotaciones con el potencial productivo de su entorno en diferentes niveles (plantas, animales, parcelas, rebaños, explotación, región, sector, etc.), desde diferentes ángulos (funcionamiento, desempeño, etc.) y con varias finalidades (responder a problemas técnicos, proponer recomendaciones para el desarrollo rural, reconocer los conocimientos campesinos, implicar a los agricultores en la conservación de los recursos naturales, etc.).

La familia agrícola es concebida entonces como «una fuerza social de trabajo dirigida por un jefe de explotación, que utiliza instrumentos de producción» (Mazoyer y Roudart, 1997; Cochet, 2011); cuando se describe el funcionamiento de las unidades de consumo (Gastellu, 1980), también se analizan las modalidades de toma de decisiones (Ancey, 1975), y se restituyen las agriculturas familiares en sus condiciones de existencia (Chambers y Conway, 1991) incluyendo en ellas la movilidad. Los trabajos desarrollados sobre el tema de las agriculturas familiares han permanecido a menudo desconectados de las lógicas de los grupos y de los individuos que los motivan, restringiéndose a sus actividades productivas, ancladas en un territorio único, y concentrándose en el carácter exclusivo de la agricultura (Sourisseau *et al.*, 2012).

Este Capítulo pretende completar, afinar y también discutir el esfuerzo de definición realizado en el Capítulo anterior, a propósito de los vínculos entre familia, explotación y movilización del trabajo familiar. Para ello, propone una relectura de la complejidad y de la diversidad de la triple relación «familia-trabajo-explotación», a partir de unas quince contribuciones, provenientes de los trabajos conducidos por los equipos del Cirad y sus asociados. A partir de estudios de caso realizados en diferentes contextos en países del Sur, que estructuran este Capítulo y su argumentación, una primera sección mostrará cómo el trabajo en las agriculturas familiares se asienta sobre lógicas sociales y productivas que buscan satisfacer las necesidades primarias de la vida (de la producción agrícola), reproducir (se), mantener (a los ancestros y a los descendientes) y transmitir (el patrimonio). Una segunda sección, centrada en las relaciones «trabajo-explotación» de la familia agrícola, analizará las respuestas sociales a las dificultades encontradas y la búsqueda de oportunidades más allá de la explotación agrícola familiar, principalmente en el caso de la pluriactividad y de la movilidad. Finalmente, en una tercera sección, se examinarán las relaciones «explotación-familia» desde el ángulo de las estrategias de constitución, de acumulación y de transmisión del patrimonio. Concluiremos el Capítulo con algunos elementos de reflexión y de perspectivas para la investigación.

UN ENCADENAMIENTO DE LÓGICAS SOCIALES Y PRODUCTIVAS

Las formas de trabajo en agriculturas familiares dependen ante todo de las características de las sociedades donde están constituidas, que están en constante evolución: relaciones de género, organizaciones domésticas y de manera más amplia, configuraciones sociales de las sociedades agrarias. De esta manera, las grandes tendencias de la evolución de las sociedades contemporáneas (baja de las tasas de natalidad y de mortalidad, urbanización, divorcios,

recomposiciones, atomización de las unidades domésticas, independencia económica de las mujeres, etc.) ponen en entredicho el esquema occidental y estereotipado, de la noción de familia: una pareja y su descendencia (el jefe de familia, jefe de explotación, «ayudado» por su esposa y por sus hijos). Esta definición de la familia nuclear definida por sus lazos de parentesco o políticos, ha sido cuestionada desde hace tiempo en el Sur, donde al igual que en otras partes, la «diversidad de tipos de familia es tal que la búsqueda de una esencia universal se ha convertido en una empresa tan inútil como idealista» (Seccombe, 2005); y resulta que ha sido primero en el Sur donde la concentración histórica de investigaciones antropológicas ha revelado que «contrariamente a lo que la antropología clásica [enseña...], los lazos biológicos [...] pesan mucho menos que las capacidades nutricionales de aquéllos que mantienen a sus hijos [...] y cuando se constituye una cohesión social, se hace a partir de otras bases» (Meillassoux, 2005). Es por ello que la transposición de las unidades estadísticas de tipo «familia o pareja» en todos los contextos, es criticada desde hace mucho tiempo (Charmes *et al.*, 1985).

Sin embargo, la diversidad de las formas familiares siempre se ha inscrito (Polanyi, 1983) en las motivaciones de la producción, la distribución y los intercambios más complejos que la ganancia comercial. La recurrencia y la diversidad de dichos motivos, percibidas desde numerosas formas familiares, resultan indispensables para contribuir a las políticas de desarrollo. El recuadro 3.1 da un ejemplo de los vínculos existentes entre organización familiar y productiva.

**Recuadro 3.1. Los campamentos pastoriles en el Sahel:
un modo de vida más allá de la explotación agrícola.**

Christian Corniaux

Los Peuls o Moros se organizan generalmente alrededor del campamento pastoril. Este último corresponde a un segmento del linaje y se reúne bajo la tutela de un padre o de un anciano con varios adultos y su descendencia. La población de un campamento puede variar entre una o varias decenas de personas. Sin embargo, no se debe asimilar un campamento con una unidad de producción, ni mucho menos con una explotación agrícola (Corniaux, 2006). Se trata más bien de una forma de vida, de una unidad de residencia, de solidaridad y de ayuda mutua. La unidad de producción tiene una escala inferior— el gallé — que se organiza alrededor de los rebaños de pequeños rumiantes o de fracciones del rebaño bovino del campamento. El campamento pastoril representa así el marco familiar de actividad y de cooperación en el trabajo. Es en este nivel que se toman la mayoría de las decisiones. La más radical de ellas es la de romper con el campamento «matriz» cuando un hijo desea emanciparse, generalmente al morir el padre. Bajo esta forma de organización social, con sus dinámicas y sus tensiones, las familias pastoriles del Sahel administran, ya sea en común (bovinos) o individualmente (pequeños rumiantes), uno o varios rebaños, que son esenciales para la seguridad alimentaria en un medio donde los recursos aleatorios y dispersos imponen la movilidad estacional.

Definir y comprender las agriculturas familiares

A pesar de que las organizaciones sociales son complejas y tan diversas como el número de sociedades agrarias existentes, siempre es posible identificar una característica común a todas las agriculturas familiares. En efecto, como lo subrayaba Barthez (1984) en el contexto francés de 1970-1980, y de acuerdo con la definición propuesta en esta obra, la mano de obra de las agriculturas familiares proviene exclusivamente de un «grupo de individuos que no se han reunido por razones de contratación o de selección desde un mercado laboral, sino por una lógica de desarrollo de la familia». Son los lazos sociales que unen a la familia, los que hay que caracterizar y analizar cuidadosamente, y que permiten diferenciar las agriculturas familiares de las otras formas de producción agrícola. Se trata entonces de caracterizar la estructura familiar (composición de la familia y rol de los miembros que la integran) así como su funcionamiento social (vínculos y circulación), económico (actividades realizadas en la explotación agrícola en particular, pero no solamente en ella, como lo veremos en la sección siguiente) y espacial (lugares donde se realizan las actividades cuando ciertos miembros de la familia diversifican sus medios de subsistencia).

Recuadro 3.2. Las familias agrícolas del “Office du Niger”: una organización en el corazón del desempeño de la producción arrocera y de la reproducción social.

Jean-François Bélières et Jean-Michel Sourisseau

En el “Office du Niger” en Mali, las familias agrícolas se organizan en un modelo patriarcal centralizado alrededor del trabajo en la explotación (Sourisseau et al., 2012). La unidad de residencia (la concesión) se confunde con la unidad de consumo y comprende una unidad de producción principal, donde trabajan todos los miembros de varias generaciones, bajo la autoridad del patriarca, quien toma las decisiones (repartición de las actividades, aprovisionamiento del granero donde los dependientes pueden tomar lo necesario para su alimentación, venta y gestión de las existencias). La contribución de todos permite lograr una producción importante, ampliando así la gama de opciones estratégicas del jefe de la explotación. Además de la subsistencia, el jefe busca el equilibrio de un conjunto negociado de derechos y obligaciones, en particular, para satisfacer las necesidades sociales de los dependientes y también para autorizar la realización de sus proyectos individuales (horticultura, pequeños comercios). La acumulación opera en el nivel de la familia ampliada. Esta organización social está sometida a ciertas tensiones. Si la concesión produce acumulación, el equilibrio del sistema de derechos y obligaciones produce cada vez más demandas de sub unidades (familias e individuos dependientes). Las partes colectivas de la cosecha se reducen, así como los márgenes de maniobra del jefe. La reproducción del sistema requiere también una ampliación de tierras cada vez que se separa una unidad de residencia que haya sobrepasado el tamaño crítico. Si el acceso a la propiedad de la tierra está bloqueado, la separación se traduce en una reducción de las superficies por activo y de nuevas unidades, con la imposibilidad de que el jefe pueda honrar sus compromisos con sus dependientes.

No obstante, la definición de los contornos de la familia agrícola requiere de ciertas competencias sociológicas o etnológicas, como lo muestra el recuadro 3.2 que presenta una organización familiar que ilustra las sociedades del Sahel en África Occidental. Este tipo de explotación familiar implica a un gran número de individuos en un marco de relaciones sociales y económicas que van más allá del funcionamiento de la explotación. Pero son esas relaciones sociales familiares, colectivas e individuales, las que garantizan la reproducción social a través del trabajo en las agriculturas familiares.

Por otra parte, tratar de definir sus contornos a través de los vínculos de parentesco o de lazos políticos y de alianzas, puede ocasionar problemas. ¿Cómo calificar a aquéllos que «forman parte de la familia»: los empleados domésticos, los operarios, los pastores, los aprendices, los «ayudantes familiares», etc., que trabajan para las familias agrícolas y reciben vestido, alimento y alojamiento de parte de quienes los emplean, aunque no les paguen una remuneración? Esos individuos, cuya situación proviene del hecho de haber sido confiados a la familia o incluso de una forma de esclavitud moderna, tiene un papel central en las relaciones familia-trabajo, puesto que reemplazan, a bajo costo, el trabajo de un miembro de la familia que se haya ausentado por poco o largo tiempo, que se encuentra activo fuera de la explotación o que ha salido en trashumancia. Estas personas participan plenamente en la producción y en la reproducción social de la familia y de la explotación agrícola, pero no entran en una relación salarial propiamente dicha, entonces ¿esos individuos deberían quedar excluidos del contorno de la familia agrícola?

El recuadro 3.3 propone una ilustración sobre la economía pastoril del Sahel, donde los pastores se insertan completamente en la lógica social de la explotación familiar. ¿Habrá entonces que considerarlos como asalariados y excluir los campamentos pastoriles del espacio de la agricultura familiar? ¿No será más bien este modo mixto de remuneración una muestra de la monetización de las relaciones sociales en economía pastoril, compatible con el funcionamiento familiar de dichas explotaciones?

Entonces, el trabajo familiar en agricultura no se identifica con una «relación salarial» (Boucher, 1990). En las diferentes sociedades agrarias, el trabajo realizado en la explotación agrícola no se presenta como una libre elección, sino como una relación obligatoria dentro de la relación social familiar. Tal y como lo describía Barthez (1984) en el contexto francés de los años 1970-1980, las «naciones de horarios de trabajo, de calificación, de promoción profesional, todas vigentes en el sector laboral asalariado, aquí dejan de tener sentido. [...] El trabajo se expresa según la pertenencia familiar, inexorable, y corresponde a una necesidad natural y no social; el trabajo se confunde con la

Definir y comprender las agriculturas familiares

obligación familiar, y por ello tiene un carácter intemporal, y resulta imposible definir el valor comercial de un trabajo impreciso, que constituye una extensión de la vida misma, ya que se trata de un trabajo que asume los rasgos propios del destino».

Este esfuerzo no contabilizado que caracteriza al empresario familiar — ningún asalariado construiría muritos de piedra ni cavaría drenajes durante sus ratos de ocio, mientras que un empresario familiar sí lo hace, independientemente de la edad que tenga— significa que ese trabajo que no se «valoriza» dentro de una relación capitalista de producción, pero contribuye no solamente a la producción, sino también a la inversión y a la acumulación, con el fin de transmitir o de vender un patrimonio mejorado. Esto nos lleva directamente a la definición del vínculo orgánico entre familia, patrimonio y capital de explotación, reseñado en el Capítulo 2. Ahora bien, orgánico no significa «natural», ¡al contrario! La parte invisible del trabajo femenino, su prohibición de acceso a la propiedad de las tierras y a la transmisión del patrimonio, que a menudo son rasgos intrínsecos a los sistemas familiares de explotación agrícola, provienen de la larga historia del patriarcado, como construcción social, económica y política autónoma (Delphy, 2013).

Recuadro 3.3. Los pastores de Ferlo: reveladores de la monetización de la economía pastoril.

Véronique Ancey

Actualmente, más de un cuarto de las explotaciones pastoriles del Ferlo en Senegal recurren al empleo de pastores durante el período de trashumancia, temporales en su mayoría pero a veces permanentes (Wane *et al.*, 2010). Las razones para recurrir a la mano de obra externa varían: ausencia del hijo en edad de partir en trashumancia con el rebaño, necesidades de cuidado de los rebaños de pequeños rumiantes, crecimiento de los rebaños, o incluso la migración de alguno de los miembros de la familia. Las relaciones de la familia pastoril con los pastores van mucho más allá de una relación de tipo salarial. Su función es tan antigua como la sociedad pastoril, y su estatus es diferenciado: desde el joven que hace de todo (surga) hasta el pastor calificado a quien se le confía un rebaño que deberá trasladar a varios cientos de kilómetros (gaynaako). Hace muchos años, su remuneración se efectuaba esencialmente en especie: sandalias, un bastón, un novillo al año, el alojamiento y la comida; desde hace algunas décadas, a ello se agrega una pequeña paga monetaria. Esta monetización parcial de las relaciones de trabajo no cambia sustancialmente las relaciones en el campamento familiar, pero se ha convertido en un elemento decisivo para la contratación, a fin de garantizar los modos de subsistencia de los campamentos.

Para ilustrar lo anterior, el Recuadro 3.4 muestra cómo, en ciertas sociedades del Magreb, el trabajo femenino sigue ocultándose, a pesar de que juega un papel esencial en la explotación agrícola. Así en el mundo agrícola, la convergencia entre los movimientos feministas de emancipación y las reivindicaciones

profesionales merece ser mejor estudiada. En efecto, el funcionamiento de las familias y las relaciones de sus miembros con la explotación agrícola evolucionan conjuntamente con una profunda modificación de las relaciones de poder y de dominación intrafamiliares (Guétat-Bernard, 2007). Estas transformaciones llegan a cuestionar las condiciones de la reproducción social de las familias agrícolas y de las explotaciones agrícolas.

Recuadro 3.4. La invisibilidad del trabajo femenino en las ganaderías del Sur tunecino.

Nathalie Cialdella

Las mujeres participan plenamente en las actividades agrícolas familiares en el sur de Túnez. No obstante, no se les reconoce su contribución al trabajo. El informe de avance de los trabajos del Programa de gestión de los recursos naturales de Médenine resulta emblemático en este sentido: «El componente de actividades femeninas solo se refiere a las actividades administradas por la mujer: avicultura, apicultura, cunicultura y actividades artesanales.» Pero el papel de las mujeres en la ganadería es fundamental. En las explotaciones con rebaños sedentarios, el trabajo de las mujeres ha aumentado y les corresponde la casi totalidad de las tareas imperativas relativas a la ganadería: cuidado del rebaño en el potrero, distribución de alimentos, recolección de los recursos pastoriles y de los residuos de cultivos, para su distribución en los comederos a proximidad de las viviendas. Varios factores explican su invisibilidad. Por un lado las mujeres casi nunca reivindican sus derechos patrimoniales sobre las tierras, establecidos en el código de la situación de la persona respecto de la herencia, argumentando para ello el riesgo de partición de las tierras. Por otra parte, una vez casada, la mujer y todas sus pertenencias quedan bajo la tutela del marido*. Finalmente, las mujeres reciben fuertes presiones sociales que las mantienen fuera de la esfera económica: «El salario femenino es fuente de desestabilización frente al papel de tutor del hombre, y resulta ser un elemento potencialmente subversivo en la toma de decisiones sobre la familia.» (Cialdella, 2005)

* Esto explica también los matrimonios endógenos practicados por el 21 % de los tunecinos en 1991 (Darghouth Medimegh, 1992).

En otros contextos, las realidades económicas y sociales de las familias agrícolas chocan con las reglas internacionales y provocan otras reorganizaciones sociales de las familias, incluyendo ciertas formas de exclusión de algunos miembros de las familias agrícolas, con la ruptura que ello supone en la transmisión del saber. De este modo, mientras que medidas favorables a la integración a los mercados proponen, y hasta imponen en un enfoque sectorial nuevas reglas sociales para la organización del trabajo en las explotaciones agrícolas, las consecuencias de la implementación de esas reglas a veces son, por lo menos, inesperadas. Esto es lo que ilustra el Recuadro 3.5 sobre las certificaciones del café en Costa Rica.

Recuadro 3.5. Inclusiones y exclusiones inesperadas: efectos de las certificaciones del café en Costa Rica.

Nicole Sibelet

Desde la década de 1990, los movimientos de economías sociales y solidarias reafirman que el trabajo no es una mercancía. Este concepto implica una interrogación sobre el valor del trabajo agrícola, que puede constituir un elemento de inclusión social cuando no es el soporte de la explotación (niños, trabajadores temporales estacionales, locales o inmigrantes) o de invisibilidad del trabajo (mujeres, hijos, ayudantes familiares). Costa Rica ha integrado las dimensiones ambientales y sociales en la agricultura a través del desarrollo de certificaciones del café (FLO Cert, UTZ Certified, Rain Forest Alliance, CAFE Practices, comercio sostenible, etc.) que entre otras cosas, prohíben el trabajo infantil. Pero si bien están de acuerdo con los principios de estas certificaciones, los cafetaleros costarricenses se ven confrontados a una paradoja. Por ejemplo, ciertos adolescentes ya no trabajan en los cafetales de sus padres, y por ello no han podido adquirir los conocimientos y la experiencia necesarios para el trabajo agrícola; entonces esos jóvenes quedan desempleados y a veces «caen en drogas» como dicen los adultos: se trata de un fenómeno reciente que afecta las zonas rurales de Costa Rica. Ciertamente, la explotación de los niños en el trabajo es inaceptable y debe ser combatida en el mundo entero. Pero en el caso de Costa Rica, el aprendizaje y la preparación de los adolescentes para el futuro mediante el trabajo en la explotación agrícola familiar — en condiciones de respeto a la persona — podrían considerarse como una ventaja para su inclusión social.

RELACIONES TRABAJO-EXPLORACIÓN MODULADAS POR LA PLURIACTIVIDAD Y POR LA MOVILIDAD

Las agriculturas familiares nos remiten al desafío inevitable de vivir y de hacer vivir dignamente a la familia agrícola. En un contexto donde las políticas públicas asumen de maneras muy diversas la responsabilidad de encargarse de ciertos bienes y servicios necesarios para garantizar un nivel de vida aceptable, la seguridad alimentaria y los servicios básicos, los modelos de las agriculturas familiares como «oficio exclusivo de la familia» ya no son reconocidos, ni en el Norte ni en el Sur. Hoy en día, al igual que en otras épocas, incluso cuando esta realidad ha sido ocultada por décadas de un modelo productivista comercial que fomenta la especialización y la profesionalización agrícola, las sociedades agrarias siguen estando muy diversificadas, y no es raro ver que la agricultura y la explotación de los recursos naturales sean los únicos medios de subsistencia de las familias rurales del Sur. Asimismo, pocas son las sociedades completamente desconectadas de los mercados de bienes, de servicios y de trabajo, indispensables para obtener lo que no puede producirse o suministrarse en la explotación agrícola. Por ello, la pluriactividad estructura los mundos rurales en el Sur y se ha desarrollado desde hace mucho tiempo en numerosas sociedades.

Esto es lo que ilustra el Recuadro 3.6 que muestra cómo, en Camerún, los cultivadores de cacao han desarrollado actividades fuera de la explotación familiar, que son esenciales para el funcionamiento de sus plantaciones familiares.

Recuadro 3.6. La diversificación de las actividades: una estrategia antigua actualizada por los cultivadores de cacao cameruneses.

Philippe Pédelahore

Antes de la colonización de Camerún, las actividades de las familias rurales se organizaban alrededor de la agricultura, la pesca, la caza y la recolección. Con la introducción en 1924 del Código Indígena, las familias se vieron obligadas a trabajar en otros sectores (acarreo y construcción de infraestructura) y a vender su fuerza laboral en las plantaciones de cacao de los jefes locales y de los colonos. La abolición de este código en 1948, la aplicación de un impuesto y la monetización de los intercambios, estimularon la diversificación rural de esas familias: en efecto, con el aumento de las superficies dedicadas al cultivo del cacao, se desarrolló el salario agrícola; al mismo tiempo, muchos hombres adultos comenzaron a practicar, simultáneamente a la agricultura, en sus explotaciones o no, y durante ciertos periodos de su vida, otros oficios: artesanos locales, guardas en las ciudades, cocineros, obreros de construcción, militares. En 1960, la independencia, la escolarización, la capacitación profesional y la urbanización aumentaron la pluriactividad no agrícola de esas familias. Si bien esta evolución se tradujo en ciertos casos por una ruptura con la explotación agrícola familiar original, en el caso de la mayoría de las familias rurales camerunesas, las actividades agrícolas y no agrícolas se combinaron de manera sostenible (Pédelahore, 2012).

Si la diversificación rural en el Sur constituye a menudo una estrategia de supervivencia (Losch *et al.*, 2012), la lógica individual y colectiva refleja también otras transformaciones más profundas: la individualización de las actividades profesionales de los cónyuges, el cuestionamiento de la autoridad patriarcal, la emancipación de los «dependientes» (los jóvenes, las mujeres), etc., que han conducido a rechazar los modelos de agriculturas familiares centrados en una relación única trabajo-explotación agrícola, que definía los papeles de cada quien según criterios de género, de edad, de estatus social o de rango según el nacimiento. Entonces, surge la pregunta a corto plazo — ¿cómo «hacer que funcione» una explotación familiar cuando ésta se basa cada vez menos en la organización social de la familia? —. Y a largo plazo — ¿se puede pensar aún en la transmisión a los hijos en las familias con actividades diversificadas?

La movilidad espacial y social de los más jóvenes sirve a veces directamente y en forma sostenida a estabilizar el funcionamiento de la explotación familiar. La diversificación rural está lejos de poder inscribir las relaciones trabajo-explotación en el espacio familiar dentro de un territorio espacial y económico

Definir y comprender las agriculturas familiares

único, el de la explotación agrícola. En efecto, la unidad y la cohesión familiar no presuponen la mono actividad en agricultura de todos los miembros dentro de la explotación, ni la mono localización del grupo familiar en un mismo sitio de residencia. Entonces, los vínculos sociales que hacen que «la familia sea familia» constituyen la esencia del funcionamiento de las agriculturas familiares, como lo ilustra el Recuadro 3.7.

Recuadro 3.7. Las familias agrícolas en Nicaragua: una cohesión social mediante el trabajo en agricultura y un anclaje a la tierra que se mantienen gracias a la multi localización.

Sandrine Fréguin-Gresh

En Nicaragua, en las zonas secas del Pacífico, las familias agrícolas se organizan alrededor del patriarca, quien ejerce una autoridad sobre el resto del grupo, toma las decisiones y atribuye a cada quien sus tareas, y de su esposa, en quien convergen los vínculos sociales que unen a la familia. Generalmente, las familias se componen de tres generaciones. Los lazos sociales que convierten a la familia en un «sistema» son múltiples (empréstitos, préstamos o rebajas, derechos de propiedad de la tierra, rebaño, trabajo, decisiones, responsabilidades, experiencias, solidaridad, afectos, etc.). En el seno de las familias, el rol de cada uno se identifica según la edad, el género, el estatus marital y el rango de nacimiento. Solamente algunos participan en la actividad agrícola en la explotación: los hombres casados y los hijos mayores, mientras que las mujeres y los jóvenes ayudan en los picos de trabajo si la liquidez no permite emplear trabajadores temporales. Para esas familias, el domicilio no está en el corazón de la lógica social ni del funcionamiento de la explotación agrícola. De hecho, esas familias se caracterizan por la dispersión espacial de sus miembros: con distancias variables, los individuos habitan colectiva o individualmente en sitios diferentes, y practican diferentes actividades durante períodos variables. La cohesión alrededor de la explotación familiar es garantizada por los vínculos y por la circulación, que permiten realizar inversiones en la actividad agrícola, cuando los ingresos generados localmente jamás lo hubiesen permitido, y con ello se garantiza la perennidad de la explotación y la reproducción social de la familia.

Sin embargo, las respuestas a través de la diversificación rural y de la movilidad no están exentas de riesgos de ruptura en el marco de las agriculturas familiares. En efecto, los cambios sociales (experiencias adquiridas, valores modificados, nuevos modos de vida, emancipación, etc.) que acompañan tales recomposiciones y transforman las relaciones sociales trabajo-explotación, a través del tiempo y en profundidad, también pueden fragilizar las explotaciones agrícolas. El Recuadro 3.8 muestra cómo la evolución de las migraciones desde las zonas rurales de Mozambique, históricamente articuladas con el mercado de trabajo sudafricano, cuestiona hoy en día la perennidad de los lazos con la agricultura de las poblaciones que se movilizan, y compromete la reproducción de las explotaciones familiares.

En el plano intrafamiliar, cuando las migraciones no se ven justificadas por ninguna necesidad alimentaria, resultan aún más difíciles de asumir; esta ambivalencia se ilustra en el Recuadro 3.9.

Recuadro 3.8. La movilidad en África austral: ¿indica una ruptura con la agricultura familiar?

Sara Mercandalli

En Sudáfrica, las profundas reestructuraciones de los sectores agrícola y minero, los cambios en las condiciones de trabajo y la renovación de las políticas a partir de la eliminación del *apartheid* han tenido consecuencias importantes en la evolución de los tipos de movilidad desde las zonas rurales de Mozambique. Actualmente, y más allá de una intensidad cada vez mayor de la movilidad, la diversidad de las formas en que ésta se lleva a cabo, y la ampliación del espacio migratorio marcan cambios fundamentales para los jóvenes migrantes, en relación con las generaciones anteriores, que también se movilizaban. Es necesario hacer una relación de esta situación con las condiciones de circulación de hombres y de bienes (existencia de redes consolidadas desde varias generaciones atrás, diversidad de los medios de subsistencia, mejores remuneraciones y mejores infraestructuras de comunicación, etc.). Estas transformaciones tienen implicaciones graves en las agriculturas familiares de Mozambique. En efecto, mientras la migración de ciertos miembros — principalmente jóvenes adultos que deberían garantizar el relevo como jefes de explotación — tiende a hacerse permanente, los valores y las formas de vida cambian, los conocimientos, las habilidades y las prácticas agrícolas se pierden, las aspiraciones profesionales evolucionan hacia otros sectores, etc. Se cuestiona el mantenimiento de la agricultura familiar en tanto que la explotación agrícola ya no constituye la principal fuente de ingresos. Y cuando regresan a su región de origen, numerosos migrantes ya no participan en las actividades de la explotación familiar (Mercandalli, 2013).

Finalmente, las formas familiares de agricultura no escapan a los procesos de transformación territorial, en particular en los países emergentes dotados de una política activa. En Brasil, en el marco de la política «de integración del territorio», el gobierno federal ha financiado grandes proyectos económicos empresariales en el sureste de la Amazonía, y ha planificado la migración de los «sin tierra» o de agricultores hacia pequeñas superficies, para ayudar al desplazamiento de las familias. La «colonización» de la Amazonía ha hecho caso omiso de las poblaciones indígenas, poco numerosas pero ya instaladas en la zona: Amerindios, *quilombolas* (descendientes de esclavos fugitivos) y *riberinhos* («habitantes de las riberas del río»). La agricultura familiar que de ello resulta actualmente toma formas muy diversas, donde coexisten porciones de tierras (*ramals*) que concentran a familias provenientes de un mismo Estado, incluso de una misma municipalidad, y otras que mezclan más los orígenes.

Recuadro 3.9. La movilidad de jóvenes pastores en Ferlo, Senegal: entre estrategias de protección, emancipación y evolución de los modos de vida.

Claire Manoli y Véronique Ancey

Entre los migrantes provenientes de los campamentos pastoriles y sus familias, los vínculos entretejidos por la circulación de personas, de bienes y de servicios (transferencias, controles mutuos) muestran que la realidad es más compleja que su presentación un poco caricatural «para los del monte, todo gira alrededor de la ganadería; para la gente de la ciudad, lo que cuenta es ganar dinero». La circulación de jóvenes entre campo y ciudad es un signo de que los pastores también desean «ganar dinero». Esta movilidad espacial proviene tanto de estrategias de protección de las condiciones de vida de los campamentos pastoriles a través de la diversificación de las actividades, como de la aspiración individual a un cambio en el modo de vida. Las percepciones y el discurso de los jóvenes migrantes (de 20-35 años) difieren notablemente de los del patriarca, quien justifica esa movilidad por las necesidades vinculadas a la trashumancia o por la tradición que envía a los jóvenes «en busca de aventura» antes de regresar a sumir sus funciones dentro de la economía familiar. Esos jóvenes migrantes son portadores de estrategias familiares de reproducción, de diversificación, de ahorro y a la vez, de tentativas individuales de emancipación (Manoli y Ancey, 2014).

ESTRATEGIAS DE CONSTITUCIÓN, DE ACUMULACIÓN Y DE TRANSMISIÓN DEL PATRIMONIO: EL PIVOTE DE LAS RELACIONES «EXPLOTACIÓN-FAMILIA»

Las agriculturas familiares también deben analizarse a través de las relaciones explotación-familia, desde el ángulo de la constitución y de la acumulación de un patrimonio que debería garantizar la reproducción social de la familia agrícola y del mantenimiento de ésta en la actividad agrícola mediante la transmisión de la explotación a los descendientes. Los adultos activos en la explotación familiar son también padres; así, los recursos y los capitales propios se inscriben en una lógica patrimonial. Es esta situación la que ilustra el Recuadro 3.10, que muestra cómo, en Indonesia, la acumulación en la explotación agrícola familiar en forma de plantaciones, responde más a una lógica de economía del patrimonio que a una de producción.

Pero mientras que Mendras (1967) afirmaba que «campesino se nace y se sigue siendo, pero en cambio uno no se hace: cuando se es campesino, no se tiene un oficio», en la mayoría de las sociedades agrarias se llega a la agricultura por sucesión patrimonial o por matrimonio, convertirse en agricultor o agricultora familiar es posible, pero más difícil, y requiere un cierto número de condiciones. Esto es lo que muestra el Recuadro 3.11, que ilustra el caso de la reconversión de mineros a la agricultura en Sudáfrica, y que se interroga sobre las condiciones de instalación en la agricultura familiar.

Recuadro 3.10. La construcción de un patrimonio a largo plazo por parte de los pequeños cultivadores indonesios.

Éric Penot

Desde la introducción del caucho en Indonesia a principios del siglo XX, los pequeños cultivadores de caucho adquirieron una larga experiencia en cultivos perennes, de la gestión a largo plazo de los sistemas agroforestales a base de caucho a la constitución de un patrimonio (Penot, 2006). Los años entre 1970 y 2000 vieron el desarrollo de plantaciones clonales de caucho que permitieron triplicar la producción; entre 1990 y 2000, se desarrolló la palma aceitera. La adopción de dos hectáreas de palma aceitera (durante veinte años) y la transformación progresiva del *jungle rubber** en plantaciones clonales agroforestales o no (dos a cuatro hectáreas por familia durante treinta y cinco años) permitieron a las familias agrícolas indonesias constituir un patrimonio de valor importante y, por otra parte garantizarse su porvenir a largo plazo: jubilación decente y transmisión de un patrimonio altamente productivo, con períodos de renovación diferenciados, que permiten escalar la inversión y la producción. Las variaciones estacionales de precios se compensan entre ambos productos (caucho y palma aceitera) gracias a una demanda constantemente en alza desde hace un siglo para el caucho, a un precio muy remunerador desde el 2003, y desde 1995 para la palma aceitera, cuyo precio se ha mantenido relativamente estable desde el año 2000. La constitución de un patrimonio familiar también se ha visto acompañado por una intensificación de los cultivos familiares en términos de capital.

* Los *jungle rubber* son cultivos agroforestales complejos a base de caucho, con árboles frutales, árboles madereros valiosos y otros productos utilizables (ratán, plantas medicinales, etc.). El material vegetal de los *jungle rubber* está constituido tradicionalmente por hevea (caucho) no clonal. Su rendimiento promedio es de 500 kg/ha/año de caucho seco por cada 1000 a 1500 kg/ha/año con material vegetal clonal.

Recuadro 3.11. La reconversión de los mineros negros hacia la agricultura en Sudáfrica.

Sandrine Fréguin-Gresh

Entre las rupturas que marca el período post *apartheid* en Sudáfrica, dos se refieren a las relaciones explotación-familia en la agricultura, en el caso de los negros. Por una parte, se les autoriza a vivir en territorios que antes les estaban prohibidos. Por otra parte, pueden pensar en reconquistar el sector de la agricultura mercantil, de la cual habían sido excluidos desde inicios del siglo XX. Si bien la agricultura de subsistencia siempre existió en los bantustanes para reproducir la fuerza laboral no calificada, las posibilidades que los negros tenían de desarrollar una agricultura comercial, eran muy reducidas. Al terminar el *apartheid* surgió la idea de que el desarrollo de una agricultura comercial negra brindaba posibilidades de solución para los desempleados y despedidos de otros sectores, en particular el de las minas. La agricultura representa desde entonces un sector que permite crear condiciones de estabilidad política y de seguridad socioeconómica, condiciones necesarias para el éxito del gobierno post *apartheid*. No obstante, la reconversión de los mineros negros a la agricultura comercial no es fácil. Solamente una minoría aspira a una reconversión profesional hacia la agricultura, que requiere un capital financiero, acceso a servicios (crédito) así como una inserción dentro de una red que permita adquirir tierras. Incluso si la ecuación técnico-económica y la rentabilidad del capital invertido en la agricultura es relativamente buena, las inversiones a realizar requieren un capital mayor a aquel de que dispone la mayoría de los negros que desean reconvertirse (Anseeuw, 2004).

Definir y comprender las agriculturas familiares

Además, la constitución de un patrimonio de explotación agrícola *ex nihilo*, que se opera desde el exterior de un grupo social, como en el caso de las reformas agrarias que autorizan a familias sin experiencia autónoma en la agricultura a instalarse en una explotación, no deja de tener dificultades. En ese caso, la creación de nuevas relaciones explotación-familia puede verse rechazado por la sociedad, como fue el caso de Nicaragua con la reforma agraria de los años 1980 (Recuadro 3.12).

Recuadro 3.12. El fracaso parcial de la reforma agraria en Nicaragua: la imposición «desde arriba» de formas de tenencia que contradicen las relaciones sociales rurales.

Pierre Merlet

Durante la década de 1980 el gobierno de Nicaragua inició una reforma que, en diez años, cambió radicalmente la estructura agraria del país. La reforma se llevó a cabo en un 28 % de la superficie agrícola y benefició a más de setenta mil familias, generalmente constituidas por antiguos peones agrícolas que habían trabajado en las explotaciones de grandes propietarios generalmente cercanos al poder anterior, y por campesinos pobres que no tenían o tenían muy poca tierra (Merlet y Merlet, 2010). La reforma se basó en la creación de fincas estatales y de cooperativas de producción. Con las cooperativas, la intención era triple: el Estado distribuía derechos colectivos de propiedad, se tenía la obligación de trabajar colectivamente en unidades de gran tamaño, y se buscaba la inserción de medios de producción en un sistema centralizado y planificado de producción agrícola. Esta lógica contradecía las prácticas establecidas históricamente en los campos, donde la seguridad de la tenencia de tierra reflejaba las relaciones sociales que se daban en un espacio y en un tiempo definido. Esta imposición «desde arriba» (el Estado) de una forma que no correspondía a las prácticas locales y no satisfacía las necesidades básicas fue uno de los factores que llevaron a muchos beneficiarios a revender rápidamente los derechos adquiridos mediante la reforma agraria, marcando el comienzo de un nuevo proceso de concentración de propiedades.

Pero esos procesos de instalación o de reinstalación de familias en la agricultura tienen consecuencias que van más allá de las relaciones familia-explotación. Pueden engendrar incluso verdaderos fenómenos sociales. Particularmente a través de la constitución de un patrimonio de tierra, los campesinos pueden tener acceso a esferas políticas que hasta entonces les resultaban inaccesibles, o pueden convertirse en electorado cautivo de la clase política en el marco de relaciones clientelistas, como los muestra el Recuadro 3.13 que ilustra el caso de la reforma agraria en México.

Recuadro 3.13. La reforma mexicana: de las nuevas explotaciones familiares a las esferas políticas.

Emmanuelle Bouquet y Éric Léonard

La concentración de tierras que prevalecía en México al comienzo del siglo XX contribuye a explicar la implantación de una reforma agraria en 1915. Esta reforma se fijó tres objetivos: la restitución a los pobladores de las tierras que les habían sido quitadas durante el siglo XIX por los grandes terratenientes, y que se consideraba como una fuente de explotación social y económica; y la dotación de tierras a los campesinos que no las poseían. La reforma agraria permitió la creación de nuevas explotaciones familiares bajo un nuevo régimen de propiedad: el ejido. El ejido se convirtió desde entonces en una entidad colectiva dotada de patrimonio propio. Durante más de setenta años, cerca de 103 millones de hectáreas (50 % de la superficie del país) fueron redistribuidas entre 3,5 millones de beneficiarios, permitiendo consolidar y proteger una nueva forma de agricultura familiar, caracterizada por entregas moderadas de terrenos (algunas decenas de hectáreas), la ausencia de trabajo asalariado y derechos de propiedad inalienables e inembargables les conferían una condición de patrimonio familiar (Bouquet y Colin, 2009).

Paralelamente, el ejido también se convirtió en una forma de organización sociopolítica central para el dispositivo de gobernabilidad rural. Esta organización fue cada vez más cuestionada a partir de 1970, conjuntamente con el agotamiento de recursos en tierras para distribuir y satisfacer a las nuevas generaciones. A partir de 1982 esas tensiones se intensificaron con la crisis financiera y la política liberal y de ajuste estructural, que privaron al ejido de la mayor parte de los dispositivos públicos con que contaba. A partir de 1992, la reforma de los ejidos puso fin a la distribución de tierras y redefinió los derechos de propiedad autorizando las transacciones comerciales. Sin embargo, el ejido ha seguido inscribiéndose en un proyecto de agricultura familiar respaldado por un régimen de propiedad distinto de la propiedad privada, donde el Estado conserva prerrogativas de regulación. También ha sido objeto de una atención particular en materia de políticas rurales y de proyectos de desarrollo (Léonard, 2011).

ALGUNAS PERSPECTIVAS PARA LA INVESTIGACIÓN

Revisar los resultados de investigación desde el ángulo de la triple relación familia-trabajo-explotación permite mostrar la complejidad de las lógicas sociales y productivas que constituyen la esencia de esas formas de producción particulares. Las familias no son solamente un factor de producción. Su trabajo no es solamente agrícola ni está localizado en un solo lugar. Sus motivaciones, a nivel individual o colectivo, son a veces heterogéneas, con diversos objetivos y combinando relaciones productivas variadas. Esas familias no se definen por relaciones salariales. Si no se toman en cuenta esos elementos estructurales, que van más allá de lo técnico (agronómico, zootécnico) o de lo económico, solo se podría tener una comprensión incompleta de las agriculturas familiares: este es un reto importante para la investigación, es por ello que este Capítulo propone

Definir y comprender las agriculturas familiares

una relectura transversal de los trabajos realizados e invita a ir más lejos, para comprometer a los equipos de nuevas investigaciones a que se interesen en las lógicas sociales de las agriculturas familiares.

Comprender la diversidad, los puntos de debate y los compromisos involucrados en un sistema social resulta útil para comprender las dinámicas y la resistencia del conjunto, y tal enfoque no es antagonista con la escogencia de definiciones realizada en el Capítulo anterior. Es por ello que resulta particularmente necesario caracterizar las dinámicas que movilizan hoy en día a los jóvenes y a las mujeres, fuerzas laborales estratégicas que han sido invisibilizadas por las relaciones de autoridad y de dominación (Guétat-Bernard, 2007) existentes en las agriculturas familiares, y de forma más amplia, en el mundo rural y tal vez hasta en la comunidad científica. De manera similar, los estudios de caso reunidos en este Capítulo buscan integrar las dimensiones de la pluriactividad y de la movilidad espacial en los estudios sobre las agriculturas familiares. Como lo hemos visto, esos elementos estructurales constituyen en muchos casos, pivotes que garantizan la permanencia de las agriculturas familiares en el Sur. Sin embargo, se puede carecer de enfoques suficientes para analizar estas dimensiones (Sourisseau *et al.*, 2012). El estudio de los fenómenos constitutivos de las agriculturas familiares no representa un estímulo ni para sacar a las familias de la agricultura ni para el éxodo rural, tampoco quiere decir que haya que resignarse a una diversificación que a menudo no es más que una respuesta de supervivencia a la miseria agrícola (Losch *et al.*, 2012). Pero si no se toman en cuenta esas dimensiones hoy en día inherentes a las agriculturas familiares, es poco probable que mejores políticas logren mantener a las familias agrícolas en su territorio en condiciones de vida aceptables.